

damente cuanto hay en mis escritos; es más, algunas de las cuestiones tratadas son consideradas como muy oscuras por los espíritus más capacitados y más doctos. Además, me percató que casi todos los que conciben con facilidad los asuntos propios de las matemáticas, no comprenden las cuestiones propias de la metafísica⁸; y al contrario, quienes cultivan con facilidad éstas, no siguen con facilidad las propias de las matemáticas. // Así pues, puedo decir que no he conocido a otra persona que siguiera con igual facilidad las unas y las otras y, por tal razón, estoy asistido de razón para estimar incomparable vuestra capacidad. Lo que, no obstante, me produce una mayor admiración es que un conocimiento tan diverso y tan perfecto de las distintas ciencias que no suele poseerlo un anciano doctor que hubiera empleado muchos años en su instrucción, lo posee una Princesa joven y cuyo rostro se asemeja más al que los poetas atribuyen a las Gracias que al que atribuyen a las musas o a la sabia Minerva. En fin, no percibo solamente en Vuestra Alteza cuanto se requiere por parte del ingenio para la más elevada y excelente Sabiduría, sino también cuanto se puede requerir por parte de la voluntad y de las costumbres en las que aprecio la magnanimidad y la dulzura unidas a un temperamento tal que, aunque la fortuna os someta a continuas injurias y parezca haber realizado todos los esfuerzos posibles para modificar vuestro humor, no ha podido en momento alguno y en medida alguna irritaros o abatirlos. Tan perfecta Sabiduría me obliga a un respeto tal que no sólo entiendo que debo dedicarle este libro, ya que trata de Filosofía (pues no es otra cosa que el deseo de la Sabiduría), sino que tampoco poseo más celo por filosofar, es decir, por adquirir la Sabiduría, del que poseo por ser, Señora, el más humilde, obediente y ferviente servidor de Vuestra Alteza.

Descartes.

⁸ En la edición latina se lee «*est vero Geometriam excolerint, quae de prima Philosophia scripsi non capiunt*» (A.-T. VIII.1.4, 5/6). Se mantiene, pues, la equivalencia «metaphysica»/«prima philosophia».

CARTA DEL AUTOR AL TRADUCTOR

Puede ser estimada como Prefacio¹

Vuestra traducción de mis Principios es tan clara y perfecta, que espero que sean leídos por más personas en francés que en latín y que sean mejor comprendidos. Sólo temo que el título desaliente a quienes no han seguido estudios o bien a quienes ya se han formado una mala opinión de la Filosofía, pues la que les ha sido enseñada no les ha satisfecho. Por todo ello creo que sería conveniente incorporar un Prefacio que les diera a conocer cuál es el tema del tratado, qué propósito ha guiado su redacción y qué utilidad puede reportar su lectura. Aun cuando parece que debería asumir la composición de este Prefacio puesto que debo conocer el contenido del tratado mejor que nadie, sin embargo no me cabe otra tarea que la de exponer sucintamente (1) los principales puntos que, en mi criterio, deberían ser tratados en él mismo; dejo a vuestra discreción el dar a conocer lo que juzguéis adecuado.

Hubiera explicado, en primer lugar, lo que es la Filosofía, iniciando la exposición por los temas más difundidos; éste es el caso de lo que significa la palabra Filosofía: el estudio de la Sabiduría; que por Sabiduría no sólo hemos de entender la prudencia en el obrar,

¹ La misma titulación nos advierte que estamos ante una variante/incorporación respecto de la primera edición en latín; la edición latina de 1650 ya incorporó la traducción de este texto.

sino un perfecto conocimiento de cuanto el hombre puede conocer, bien en relación con la conducta que debe adoptar en la vida, bien en relación con la conservación de la salud o con la invención de todas las artes; que para que este conocimiento sea tal, es necesario que sea deducido (2) de las primeras causas, de suerte que, para intentar adquirirlo, a lo cual se denomina filosofar, es preciso comenzar por la investigación de las primeras causas, es decir, de los Principios (3); que estos Principios (4) deben satisfacer dos condiciones: de acuerdo con la primera han de ser tan claros y tan evidentes que el espíritu humano no pueda dudar de su verdad cuando atentamente se dedica a examinarlos; de acuerdo con la segunda, el conocimiento de todas las otras cosas ha de depender de estos principios, de modo que pudieran ser conocidos sin que las otras cosas nos fueran conocidas, pero no a la inversa, esto es, éstas sin aquéllos; además, es preciso intentar deducir de tal forma de estos principios el conocimiento de las cosas que dependen de ellos, que nada haya en toda la serie de deducciones efectuadas que no sea muy manifiesto. Sólo Dios es perfectamente sabio, es decir, sólo Dios posee un conocimiento completo de la verdad de todas las cosas (5); no obstante, cabe decir que los hombres poseen mayor o menor Sabiduría en razón del conocimiento mayor o menor que posean de las verdades más importantes. En todo cuanto ha sido dicho, no creo que exista algo que no sea aceptado por todos los doctos.

Además, hubiera inducido a la consideración de la utilidad de esta Filosofía y mostrado que, puesto que se extiende a cuanto el espíritu humano puede saber, se debe creer que sólo ella nos distingue de los más salvajes y bárbaros y que las naciones son tanto más civilizadas (6) y educadas, cuanto mejor filosofen sus hombres; así pues, disponer de verdaderos Filósofos es el mayor bien que puede alcanzar a un Estado. Es más, no sólo es útil para todo hombre vivir en compañía de quienes se dedican a este estudio, sino que es incomparablemente mejor que cada hombre se entregue al mismo, tal y como, sin duda alguna, es mucho más deseable servirse de los propios ojos para orientarse y para disfrutar de la belleza de los colores y de la luz que seguir las instrucciones de otro y mantenerlos cerrados. No obstante, esto último es preferible a mantener cerrados los ojos y sólo contar con uno mismo para orientarse. Vivir sin filosofar equivale a tener los ojos cerrados sin alentar el deseo de abrirlos; no obstante, el placer de observar todas las cosas que nuestra vista des-

cubre, no es comparable en modo alguno a la satisfacción que genera el conocimiento de lo que la Filosofía descubre; más aún, este estudio es más necesario para reglar nuestras costumbres y nuestra conducta en la vida de lo que lo es el uso de los sentidos para guiar nuestros pasos. Los animales que sólo deben de conservar su cuerpo, se ocupan de modo constante en buscar con qué alimentarlo; los hombres, sin embargo, cuya parte principal es el espíritu, deberían afanarse principalmente en la búsqueda de la Sabiduría pues es su verdadero alimento. Seguro estoy de que muchos serían los que se entregarían a tal fin si tuvieran esperanza de lograr éxito y sospecharan de cuánto son capaces. No hay alma por poco noble que sea, que permanezca tan aferrada a los objetos de los sentidos que no llegue a distanciarse de ellos como para no desear en algún momento algún otro bien aun cuando frecuentemente ignore en qué consiste. Quiénes son más favorecidos por la fortuna, quienes gozan de buena salud, disfrutan de honores, riquezas, no están más libres de este deseo que los restantes hombres; por el contrario, estoy persuadido de que ellos son quienes persiguen más ardientemente algún otro bien, más soberano que todos cuantos poseen. Ahora bien, este soberano bien, considerado por la luz natural sin ayuda de la fe, no es otra cosa que el conocimiento de la verdad por sus primeras causas, es decir, la Sabiduría, cuyo estudio desarrolla la Filosofía (7). Puesto que cuanto he expuesto es verdad, no sería difícil persuadir de todo ello si fuese adecuadamente expuesto.

Ahora bien, habría explicado sumariamente en qué consiste toda la ciencia alcanzada y cuáles son los grados de Sabiduría a los que se ha accedido, ya que la experiencia no nos autoriza a estimar verdadero cuanto he expuesto, pues nos muestra que quienes hacen profesión de filósofos son frecuentemente menos sabios y menos razonables que otros que nunca se han dedicado a su estudio (8). El primero sólo contiene nociones que son tan claras por sí mismas que pueden ser obtenidas sin meditación. El segundo comprende todo cuanto la experiencia de los sentidos nos permite conocer. El tercero, cuanto nos enseña la conversación que mantenemos con otros hombres. El cuarto, permite considerar cuanto se adquiere mediante la lectura, no de todos los libros, sino sólo de aquellos que han sido escritos por personas capaces de otorgar buenas enseñanzas, ya que su lectura es una especie de conversación que mantenemos con sus autores. Estimo que cuanto Sabiduría se acostumbra a poseer, sólo se